

## LA AMERICANIDAD DE SEVILLA

POR FRANCISCO MORALES PADRÓN

La elección de Sevilla como centro del tráfico con el Nuevo Mundo significó el comienzo de los Siglos de Oro de la capital andaluza. Cuando en 1503 los Reyes Católicos fundan en ella la casa del Océano eran conscientes, sin duda, de las ventajas que la urbe reunía para otorgarle tal privilegio y de las consecuencias que para ella iba a traer el convertirse en la puerta de Ultramar. ¿Hubiera Sevilla sido la **Sevilla Imperial** del cronista Luis de Peraza sin América?. Tal vez, no. Hubiera seguido siendo una ciudad importante, la más importante del valle del Guadalquivir, pero sin merecer el elogio tópico, pero cierto, que rezaba «*Quien no vió a Sevilla, no vió maravilla*».

Maravilla de su población densa y heterogénea, con decenas de lenguas y de razas, todas las fortunas y todos los grados del escalafón social; portento de su vida económica, fabulosamente fulgurante gracias a los metales preciosos americanos y también catastróficamente contingente, pues todo dependía del arribo de las Flotas; y prodigio de su mundo espiritual-cultural, y de su arquitectura que, sobre una herencia sorprendente (romana, visigoda y musulmana) crea y recrea haciendo siempre nuevo lo viejo.

Serán los testimonios aún permanentes de aquella grandeza y de aquellas relaciones Sevilla-América, los que vamos ahora mismo a visitar y evocar con la intención de justificar un presente y futuro enraizados en el pasado. El río, vía y divisoria, nos señala el rumbo oceánico y nos delimita dos zonas para nuestro recuento y reencuentro. En la orilla derecha tenemos la retícula urbana trianera y los enclaves de cercanías; en la orilla izquierda, Sevilla. La collación de Triana aparece adherida a Santa Ana, márgenes del río y calle de Castilla, que conduce a la meseta; en las inmediaciones, el Aljarafe y los puntos aislados de Itálica, San Isi-

doro del Campo, las Cuevas y Castilleja del Campo. El río lo mismo es de una orilla que de la otra para el papel que nos importa. La Universidad de Mareantes estuvo primero en la orilla derecha y luego pasó a la izquierda. Esta ofreció la zona de carga, descarga y almacenaje; los centros políticos, económicos, religiosos y culturales; y la expresión monumental más sorprendente. La orilla derecha no careció de una arquitectura significativa y fue, sobre todo, arrabal marinero y huertano con famosas industrias y artesanías (cerámicas, pólvora, jabón, bizcocho).

Triana, un barrio abierto al río y al campo, sin murallas. Sevilla cerrando su caserío entre murallas, una de cuyas puertas —la de Triana— le llevaba a través del puente de barcas a la collación trianera, adonde también se pasaba desde el Arenal mediante barcas. Mutatis mutandi, Triana extrarío aparece como un San Bernardo extramuros, donde sus habitantes tienen la conciencia de que no son enteramente Sevilla y van a ésta cuando entran en la ciudad murada.

## 1. SEVILLA LA VIEJA

Desde el año 218 a C. Iberia es escenario de la segunda Guerra Púnica. Los romanos quieren incorporar a su patrimonio territorial las tierras de Occidente, aureoladas de misterio y prestigio desde un pretérito remoto. Roma, aliada a los iberos contra los cartagineses, acabará asentándose en el valle del Guadalquivir y fundando en él una ciudad en el año 206 a C. Publio Cornelio Escipión, llamado «*El Africano*», sin contar con la debida autorización, alza esa primera población romana fuera de la península itálica, atraído, sin duda, por las condiciones de una tierra que le recordaba a la patria. Sobre una colina, junto al río Betis, surge Itálica, donde se acogerán soldados veteranos y heridos en la batalla de Ilipa (Alcalá del Río). Es Apiano quien consigna, casi como en un parte de guerra, el nacimiento de esta ciudad llamada a entrar en los anales de la fama:

*«Escipión, dejándose un pequeño ejército, como correspondía a tiempos de paz, estableció los heridos en una ciudad que, pensando en Italia, llamó Itálica».*

La colina de Itálica, la que hoy se denomina «*El Cerro*» en el pueblo de Santiponce, se unía a las colinas romanas, asientos de una urbe que, como la andaluza, trascendería más allá de sus murallas. Porque Itálica, aunque debido a su lejanía de la metrópoli no debió de ofrecer una fisonomía muy distinta a la de las poblaciones béticas, se constituyó en semillero de romanización y fue madre de dos notables empe-

radores: Trajano y Adriano, nacidos en el siglo II en el seno de las primeras familias afincadas en la ciudad, los Ulpios y los Aelios.

A partir del citado siglo y del ascenso al poder de sus dos hijos, la ciudad gozará de favores—sobre todo de Adriano—, que le permiten agrandar y embellecer su urbanismo hasta convertirse en la primera ciudad monumental de la España romana (siglos III y IV a C.). A partir del siglo V se inicia el declive y hacia el 693 se logran oír noticias en torno a ella gracias a los Concilios toledanos. El ocaso es ya evidente; Itálica se ha transformado en un pueblecito ruinoso al que los árabes en el siglo XII denominan *Talikah* o «*Campo de Talca*». En su declinar y esfumación, acabará perdiendo el nombre, para pasar—sus ruinas— a llamarse «*Sevilla la Vieja*», tal como se le cita y se le dibuja por algunos viajeros artistas que arriban a Sevilla en el Quinientos. Centuria esta en que se agudiza su expoliación a cargo de nobles como los Enríquez de Rivera, que reúnen en sus palacios objetos provenientes de Itálica. En el siglo XVII los vecinos de Santiponce, huyendo de las crecidas del río, se asientan sobre lo que restaba de Itálica, cubriendo sus restos para desesperación de los modernos arqueólogos. Y posteriormente será objeto de excavaciones sin control (mariscal Soult, duque de Wellington) y de saqueos. A finales del siglo XVIII el famoso Francisco de Bruna trasladará al Alcázar muchas aras, lápidas, estatuas (Flora, Apolo, Diana, Trajano, Nerva), bustos, etc. origen, según Gestoso, del Museo Arqueológico. Sólo en 1912, y gracias a la creada Junta Superior de Excavaciones, Itálica comenzó a merecer la debida atención, y hoy exhibe su cuerpo mutilado y bello, descubierto, como la Venus que lleva su nombre,preciado joyel allí encontrado.

## 2. SAN ISIDORO: PRIMERA TUMBA DE UN CONQUISTADOR

Desde Itálica se divisan los monasterios de Santa María de las Cuevas y de San Isidoro del Campo, tumbas provisionales de dos brillantes figuras de la Historia de América: Cristóbal Colón y Hernán Cortés. Más cercano en el espacio, San Isidoro; más lejano, en cambio, en el tiempo. Porque antes que las Cuevas o la Cartuja, fue el cenobio de San Isidoro del Campo, cuando Itálica era ya unas ruinas y un recuerdo.

Correspondió a don Alonso Pérez de Guzmán (el Guzmán el Bueno de nuestra Historia de España infantil) su fundación en el año 1301 por los Jerónimos. Según tradición, en el lugar hubo una ermita alzada por los mozárabes sevillanos, justo en el lugar donde se había encon-

trado el cuerpo de San Isidoro. A raíz de la exclaustación (1835), el noble histórico edificio fue convertido en cárcel de mujeres, luego, en nuestros días, volvieron los Jerónimos para irse una vez más.

En parte de su recinto se acoge en la actualidad un grupo de protestantes pertenecientes a la Fundación Evangélica Reina Valera, que compró varios edificios, propiedad de una fábrica de cerveza, y que se integran en el monasterio. Para los evangélicos el recinto posee un especial significado, pues en él se gestó la primera traducción de la Biblia al español, la de Casiodoro de Reina quien, con el sevillano Cipriano de Valera, revisor y editor de ella, huyeron de San Isidoro en 1557 hacia Ginebra, tachados de luteranos.

El conjunto, de especial significado arquitectónico (fue declarado Monumento Histórico Artístico en 1972), consta de un templo y tres claustros, una de ellos dentro de la citada fábrica. El templo ofrece tres naves góticas, dos alzadas por el fundador y la tercera por su hijo Juan Pérez de Guzmán. A destacar un retablo debido a Martínez Montañés. Para los estudiosos del arte hispanoamericano posee el exterior un especial significado, así como sus claustros de estilo mudéjar, vinculados al del monasterio de La Rábida y a los de Tunja (Colombia). Externamente —contrafuertes y almenas— el monasterio de Santiponce recuerda a los conventos e iglesias fortificadas de México. Sin duda que nunca Hernán Cortés supuso al contemplar los conventos de la Nueva España, que sería en su modelo español donde tendría su primera tumba.

El conquistador extremeño, marqués del Valle de Oaxaca, vivió en Sevilla los últimos meses de 1547, ya muy enfermo. Ni médicos, ni una tal María de Quintillana, presumiblemente una curandera, que vino de Valladolid, lograron acabar con las calenturas, cámaras (flujo de vientre continuo) e indigestión del marqués, que falleció en Castilleja de la Cuesta el 2 de diciembre de 1547, en una casa que allí tenía el Jurado de Sevilla Juan Rodríguez. Es de notar que Cortés había otorgado testamento, «*estando enfermo de cuerpo y sano de voluntad*», meses antes (octubre) y morando en la collación de San Marcos; testamento al que le añade un codicilo en diciembre. Anotamos esta circunstancia de la casa-morada de San Marcos para preguntarnos en qué momento habitó el conquistador la mansión que, junto a la parroquia de San Lorenzo, hoy se atribuye como suya.

Muerto Cortés, celébrase un espectacular entierro, siendo llevados sus restos a San Isidoro del Campo, gracias a la amistad que le había unido con el duque de Medinasidonia. Siguiendo su voluntad, en 1562, su hijo legítimo Martín Cortés trasladó los restos de su padre a México.

### 3. LAS CUEVAS: PRIMERA TUMBA DEL DESCUBRIDOR

Veinte y seis años antes, otros eximios restos habían abandonado también su enterramiento provisorio en la Cartuja de Santa María de las Cuevas, fundada en 1400 por el arzobispo de Sevilla don Gonzalo de Mena. El lugar, perteneciente a la orden de los Franciscanos, fue cedido por éstos al prelado con una ermita que aquel les había donado. Muerto pronto el arzobispo, la obra progresó gracias al mecenazgo de distintas personas, sobre todo de don Perafán de Rivera que, a cambio de contar con un enterramiento, edificó la iglesia a su costa.

Protegida por reyes y magnates, La Cartuja fue por sus bienes y rentas una de las más famosas de España. Amplios jardines, cercados por una espléndida tapia —que no siempre preservó de las crecidas del río— rodeaban al edificio en torno al cual se disponía un pequeño pueblo que permitía al convento cierta autarquía. Con frecuencia los religiosos tuvieron que repartir comida entre los arriados, cuando no fueron ellos mismos los que se vieron obligados a abandonar su morada y buscar refugio en una propiedad que poseían en el Aljarafe llamada La Cartujilla. Andrés Navagero, embajador de Venecia ante la corte de Carlos I a cuya boda en Sevilla asiste en 1525, escribía que el monasterio covitano estaba situado «*en un lugar de gran belleza y también abundantísimo en naranjos, limoneros, cedros y mirtos*».

«*El río —prosigue— que corre junto a los muros del jardín, le da una grandísima gracia, embelleciendo muchísimo una galería que hay sobre el agua; tiene también un manantial, de suerte que parece no faltarle nada a tan cumplida belleza, la mayor, creo yo, de que puede gozar lugar alguno; buen escalón tienen los monjes que lo habitan para subir de allí al paraíso*». Y sigue el ilustre embajador describiendo el campo en torno, bello, fértil y oloroso por causa de los naranjos y limoneros, cedros y otros árboles y plantas. No iba muy descaminado don Cristóbal Colón cuando escogió tal lugar para residir en sus variadas estancias sevillanas. Allí vivía, además, su amigo y compatriota fray Gaspar Gorricio, al que llama «*reverendo y muy devoto padre*», en cartas donde le hace confidencias, y con el que desde 1501 comienza a formar el **Libro de las Profecías**, que Colón inicia estando en Granada.

En el monasterio covitano de Sevilla, en medio del paradisiaco contorno que su compatriota Navagero describiría pocos años después (pero sin aludir a que los restos de Colón están allí), el marino y el fraile trabajaron sobre la Biblia y otras «*autoridades*» seleccionando textos,

sentencias y profecías alusivas a la recuperación de Jerusalén y a la invención y conversión de las islas de la India. Invención en su aceptación de hallazgo. Ocho años mas tarde, los restos del primer Almirante de las Indias, procedentes de Valladolid, serán inhumados en la capilla covitana de Santa Ana, luego del Santo Cristo. Otros parientes vinieron en años posteriores a acompañarle: su hermano Diego y su hijo Diego. Hasta que, al parecer en 1536, las cenizas del descubridor y de su hijo Diego fueron llevadas a Santo Domingo siguiendo la voluntad del último, no la del primer Almirante, que nunca expresó deseos de reposar en tal o cual sitio. Quedó en las Cuevas tan sólo los restos del hermano Diego. Tal vez en 1574 se le incorporaron los del II Almirante, don Luís Colón de Toledo, fallecido en Orán (1572). Cuatro años más tarde, el IV Almirante, don Cristóbal Colón Cardona, tomaba posesión de la mencionada capilla, junto con los papeles del archivo colombino allí depositados y retirados en 1609 por el VI Almirante, don Nuño de Portugal, dejándo a los cartujos en libertad para disponer de la capilla. Quizá en 1610 se transportaron a Santo Domingo los restos de don Luís Colón, III Almirante, permaneciendo los de don Diego Colón, hermano del descubridor, único morador del recinto cartujano.

Para la Cartuja pintarían Zurbarán tres grandes lienzos que hoy admiramos en el Museo de Bellas Artes, y donde los cacharros de cerámicas que en ellos vemos son como una premonición del destino futuro del monasterio. Sufre éste graves daños durante la invasión napoleónica, que se reparan en 1816 cuando la comunidad retornó al edificio, en el que permaneció hasta la exclaustación, año en que la Cartuja fue adquirida por don Carlos Pickman, para establecer en ella una fábrica de cerámica. El nuevo destino deparó cambios a todo el conjunto, revalorizado de nuevo en nuestros días al desalojarse de ella la citada industria e iniciarse una serie de restauraciones.

Quedan del antiguo monasterio la gran portada y la capilla de la Virgen de las Cuevas, la portada del río, el conjunto formado por el claustillo nazarí en torno al cual se elevan la iglesia, el refectorio y las capillas del Capítulo y de la Magdalena, la celda prioral, etc. Y aportando ramalazos americanos vese un enorme zapote y jardín con estatua de Cristóbal Colón en lo que fue el patio del Ave María.

Por sus valores arquitectónicos e histórico-artísticos, la Cartuja de Santa María de las Cuevas fue declarada Monumento Histórico-Artístico en el año 1964.

Siguiendo, desde la Cartuja río abajo, antaño se llegaba a Triana-Sevilla. Hoy, no; tampoco ahora los barcos remontan el río para fondear

cabe la iglesia de Santa Ana, eje espiritual de la marinería del pasado.

#### 4. SANTA ANA: UNA VOCACION MARINERA TRUNCADA

Alfonso X está en los orígenes de la marinera parroquia de Santa Ana. Y decimos marinera por el menester u oficio de muchos de sus hijos ejercido en las aguas del río y, sobre todo, en la geografía americana del Descubrimiento. Templo gótico el de Santa Ana, construido a partir de 1276 por maestros burgaleses, reedificado y ampliado en las siguientes centurias, remodelado después del terremoto de 1755. El ladrillo le proporciona la impronta mudéjar, sus portadas y bóvedas son góticas, la capilla bautismal data del S. XVII, y la culminación airosa de su torre es de la centuria dieciochesca. Destaca el retablo mayor con pinturas de Pedro de Campaña (Peeter de Kempeneer), y una Virgen de la Roca en el trascoro obra de Alejo Fernández, el mismo que pintó la Virgen de los Navegantes que vamos a encontrar en los Reales Alcázares trasuntada de historias descubridoras.

Fue Santa Ana de un gótico insólito en una Sevilla fundamentalmente barroca; templo unido a las empresas ultramarinas. Y es que en América no podemos saltar al barroco sin pasar por el medioevo. Esencias medievales tuvo la conquista, y del Medioevo se sustrajeron diversas instituciones que en el Nuevo Mundo se revitalizaron. Mentalidad medieval tenían los hombres que descubrieron al Nuevo Mundo, como esos trianeros hermanos Luis, Cristóbal y Antón Guerra, bizcocheros metidos a navegantes y descubridores para perder en ello la vida los dos primeros. De Triana era Rodrigo de Bastidas, contemporáneo de los anteriores y comprometido en lides similares en una América inicial donde un hijo suyo será obispo. De Triana era Luís Rodríguez de la Mezquita, que con su esposa regalarían la pila bautismal del templo, tal como consta en leyenda que ella exhibe, y que financiaría las expediciones de los Guerra y de Vélez de Mendoza. Como éstos, otros nacieron en Triana, «guarda y collación» de Sevilla, dueña de fábricas de jabón, de bizcocho, de pólvora, de cerámica. Todos muy presentes en el nacimiento de una nueva cartografía que iba a trastornar la concepción geográfica de la Ecúmene. Triana será sus hombres, sus fábricas, sus huertas, su ribera fluvial y muelles, su templo parroquial y su convento de los Remedios. En el conocido cuadro de Sevilla, atribuido a Sánchez Coello y conservado en el Museo de América, representase la margen derecha del río, la trianera, con restos de navíos, con barcos echados al monte que se



aderezan, y con diversos tipos humanos que desembarcan y se solazan en esta orilla. Contemplando el cuadro y leyendo la *«Descripción de Sevilla»* del alemán Diego Cuelbis (1599), resultan evidentes las concordancias: *«Hay en Triana mejor comodidad para holgarse con las lindas y hermosas doncellas que en la Sevilla misma. Porque las doñas para pasatiempos pasan el río en barcas que allí están aguardando a la gente. Es verdad que los barqueros algunas veces parecen ser caballeros muy honrados estando tan bien vestidos»*.

Es lo que se distingue en el gran óleo: barcas cargadas de damas y caballeros que se dirigen a la ribera trianera, en la cual diversos tipos holgan placenteramente. Ayer como hoy –y al revés que en París y Roma– la orilla derecha ofrecía una mayor liberalidad, unas costumbres más relajadas, y una ausencia de las autoridades al decir del viajero alemán.

Atraían los alicientes de Triana, unidos, en nuestro caso, a ventajitas con relación al tráfico fluvial, siempre conflictivo desde el siglo XII en que Ibn Abdun redactó su Tratado. Triana contaba con espléndidos carpinteros de ribera, antecesores de los que a principios del siglo XIX construyeron los primeros barcos de vapor (Betis, Teodosio, Adriano) para la Compañía del Río Guadalquivir, encargada de hacer navegable el río hasta Córdoba, colonizar sus márgenes, realizar algunas cortas y establecer un servicio Sevilla-Bonanza-Cádiz. La iglesia de Santa Ana ha sido testigo de toda esta historia, inseparable historia de la del río. El Guadalquivir, soporte de culturas, comienza en el siglo XVI a desembocar en América, y dará la vuelta al mundo con las naos de Magallanes. Testimonio de esa gesta única, primera circunnavegación de la tierra, es la Virgen de la Victoria venerada en Santa Ana y vinculada a la empresa de Elcano y sus compañeros supervivientes.

## 5. LOS REMEDIOS: OTRO CONVENTO QUE DEJO DE SERLO

Una lápida colocada en una fachada blanca de cara al río, recuerda que *«El día 10 de agosto de 1519 salieron de esta margen del Guadalquivir y sitio llamados Puerto de las Muelas (en la lápida se lee Mulas), las naves «Trinidad», «San Antonio», «Concepción», «Santiago» y «Santa María de la Victoria», regidas por Hernando de Magallanes, con el intento de hallar el estrecho que ponía en comunicación el Mar del Sur con el Mar del Norte...»* La pared pertenece al viejo convento de los Remedios, edificado a finales del XVII, y hermano o prototipo de los alzados en las misiones americanas. Convento de Carmelitas Des-



calzos cuya iglesia, desde 1929, es sede del Instituto Hispano-Cubano de Historia de América, fundación de don Rafael González Abreu.

El origen del convento se sitúa en una primitiva ermita labrada en 1526, que en el cronista Alonso de Morgado aparece unida a la historia de un extraño fray Pedro, ermitaño. El edificio, de grandes proporciones, consta de tres naves, con arcos sobre pilares y techos de madera y teja. Crucero con media naranja y presbiterio a la cabecera, en alto, sobre cuatro gradas de jaspe. Un compás que daba acceso al templo permitía, asimismo, entrar en el convento con *«dilatada y bien probada huerta por su amenidad, buen cielo y por dulzura y finura de sus naranjas y limones: finca apreciable y de gran producto»*, al decir de Felix Gonzalez de León. En los días de éste (primera mitad del S. XIX), derribóse el convento y en nuestro siglo la iglesia fue adaptada para albergar al Instituto Hispano-Cubano (1929). Posteriormente, la *«bien poblada huerta»* de naranjos y limoneros, se convirtió en un densamente poblado barrio de construcciones de cemento, que impiden, por completo, imaginarnos lo que aquello fue. Todavía, no obstante, es posible suponer la reclutas de gentes hecha por Magallanes. Ocurre esto en el mes de junio 1519. Los españoles acaban de comenzar la conquista de México; los comuneros inician su sublevación; Carlos I es elegido emperador de Alemania; procedente de Málaga arriba a Sevilla el joven veneciano Antonio Francisco Pigafetta. Es el tercero de los italianos que pasan por Sevilla camino de la inmortalidad: Colón, Vespucio y Pigafetta. Este, recomendado a Fernando Magallanes, entra a formar parte de la expedición y comienza a redactar un diario por el que sabremos que uno de los barcos zarpados el 10 de agosto de 1519 regresó un 8 de septiembre de 1522. Un solo barco, la *«Victoria»* o *«Nuestra Señora de la Victoria»*, advocación que aún existe en Santa Ana y ante la cual se había postrado Magallanes y se rendirían Elcano y sus 16 compañeros supervivientes.

La masa blanca de la iglesia del convento de los Remedios que hoy pervive como Instituto Hispano-Cubano, no existía en la época de Magallanes-Elcano, ya lo hemos consignado. El convento perdura hasta los días de la exclaustración; fue luego sede de la Hermandad de la Entrada en Jerusalén, que desapareció, cerrándose el edificio hasta su apertura y nuevo destino en 1929. Año de la Exposición Iberoamericana. La Guerra Civil española yuguló sus actividades y le empujó a un ocaso e inactividad que aún no ha tenido su amanecer.

## 6. EL PUENTE Y EL RIO: EL RIO Y EL ARENAL

Entre Sevilla-ciudad y Triana-collación, un río, el Guadalquivir, que ya en el siglo I d.C. permite que el puerto fluvial adquiera categoría como exportador de las riquezas de la Bética romana. Funcionan igualmente unos astilleros. El comercio de la ciudad con el entorno peninsular y africano, se alarga hasta el cercano Oriente. Los musulmanes construirán unas definitivas atarazanas, muelles y el puente de barcas (1170) uniendo las dos orillas. Cincuenta años más tarde florece la **Borj-al-Daheb** o Torre del Oro para defender el Alcázar y permitir a éste, a través de una coracha, obtener agua del río. Lo que será el meollo de la zona portuaria, futuro Arenal, ha quedado ya perfilado. También están ya presentes los crónicos problemas del río y del puerto si atendemos el Tratado de **hisba** de Ibn Abdun (comienzos del S. XII), pues en él se sugiere no permitir ninguna construcción en las márgenes, ni lavar ropa, ni enajenar parcela alguna. El complejo puerto-río es ya un núcleo vital en la vida de la urbe. Posee interés militar, económico y demográfico pues en él residen las colonias extranjeras. Son curiosas las normas que el mencionado Tratado expone cuidando la vida en el río y en sus márgenes. Medidas para preservar a las aguas de la contaminación y para evitar actividades licenciosas y peligrosas.

Dos años largos duró el asedio cristiano a la ciudad musulmana; talas de los campos vecinos, cerco estrecho a base de campamentos en torno y, finalmente, ruptura de la puente de barcas con el natural aislamiento de Sevilla, que no puede recibir suministros del Aljarafe (1248). A partir de entonces, el puerto que ha sido escenario decisivo en la rendición musulmana, inicia una importante etapa de su desarrollo. La revitalización de las Atarazanas, la concesión de privilegios políticos y comerciales, y la radicación en Sevilla del Almirantazgo, son factores todos que pesarán a principios del siglo XVI, cuando llegue el instante de fundar un organismo controlador de las relaciones con América. La **Crónica General de España**, obra de Alfonso X, menciona que en Sevilla «*apuertan*» barcos de Tánger, Ceuta, Túnez, Alejandría, Génova, Portugal, Inglaterra, Francia... A mediados del siglo XV el puerto de Sevilla ofrece una febril actividad en sus relaciones con el Norte de Europa, Berbería, Canarias, el Mediterráneo... A finales del XV, desde Sevilla, y con participación de su nobleza y de su Asistente, Diego de Merlo, se realiza la anexión de las Canarias pendientes de conquistar, siguiendo unos objetivos que preanuncian lo que se hará prontamente en América.

En 1503 el puerto de Sevilla queda elevado a único puerto para comerciar con América, que aún no se llama así. Esto ocurrirá en 1507, sin trascendencia en España.

Permítasenos que aquí volvamos a repetir lo que escribimos en nuestro librito **Sevilla y del río** (Biblioteca de Temas Sevillanos, 1983). En aquella ocasión dijimos:

«Sentemos, en primer lugar, estas dos previas premisas o, mejor dicho, hagamos constancia en primer lugar de dos noticias esclarecedoras:

- a) Lo fundamental del puerto sevillano se situaba entre la Puerta del Oro y el puente de barcas.
- b) La orilla trianera era un complemento de la anterior y se extendía desde la Punta de los Remedios al Castillo de San Jorge o puente citado.

Este era el espacio acuático clave, ya que los barcos no podían subir más arriba del puente de barcas. Se le conocía por el Compás de las Naos. En cambio por tierra el espacio operacional se extendía hasta la Puerta Real (Casa-palacio de Hernando Colón) e, incluso, hasta la Torre de la Almenilla (Barqueta). Recordemos cómo Felipe II en 1570, acompañado de un amplio cortejo, recorre el Arenal a partir de la Torre del Oro, para hacer su ingreso en la Puerta Real o de Góles. En la margen trianera el espacio de tierra entre la orilla y las casas no era tan ancho, y en ella los barcos fondeaban y varaban para ser aderazados.

Un discípulo nuestro, Manuel Babío Walls, en su trabajo de Licenciatura calcula, basándose en el plano de Olavide, la superficie acuática del Arenal en 160.000 m<sup>2</sup> (800 x 200), y la terrestre en 172.800 m (720 x 240). A las 17'28 Has. del Arenal hay que restarles los solares ocupados por la Atarazanas, edificios surgidos a la sombra de la muralla (Carretería, Baratillo y Cestería) y el Cerrillo. Queda de este modo una superficie útil de 10 Ha. terrestres más 16 Has. de agua, espacio —y ello se aprecia bien en la iconografía— bastante holgado y más que suficiente para las maniobras de fondeo, descarga y carga. Nos estamos refiriendo a superficie, pero no basta con ella. Son precisos otros elementos que veremos faltan al río y convirtieron con los años al Arenal en un puerto sin o con precarias condiciones.

En ambas orillas se situaron muelles o puertos concretos; la denominación como tales alude a lugares determinados, dotados de mejores medios o acondicionados expresamente para ciertas actividades. En la zona del Arenal se habla de la Aduana, del Arenal y del Barranco. El muelle de la Aduana se construyó a principios del siglo XV para por él

descargar los materiales destinados a la fábrica de la Catedral. En la iconografía no se aprecia su existencia, aunque su presencia se rastrea en los Anales sevillanos (J. Matute), pues en 1719 la Real Junta de Incorporaciones a la Corona planteó el tema de la propiedad del muelle, resolviéndose el pleito con el Cabildo eclesiástico en 1749. El muelle del Arenal quedaba frente a la Puerta de este nombre, y el Barranco, junto al puente de barcas.

En la ribera trianera el Muelle Camaroneros se situaba frente por frente a la Torre del Oro. Allí embarcaban los que se dedicaban a la pesca de estos moluscos, y desde él partían las barcas que cruzaban al Arenal, sirviendo sus alrededores para calafatear y carenar navíos como bien se ve en el citado cuadro hoy en el museo de América. El Puerto o Muelle de las Muelas se ubica tradicionalmente en la zona correspondiente al Convento de los Remedios, donde hoy se eleva el Círculo de Labradores. Sin embargo, tenemos nuestras reservas al respecto y no nos extrañaría que estuviera junto a la Torre del Oro, al lado del Tagarete, donde debieron haber unas ruedas o muelas de molino.

El Arenal era, fundamentalmente, el espacio terrizo limitado por la Torre del Oro, la coracha que le unía a la Torre de la Plata y muralla de la ciudad hasta la Puerta de Triana o, si que quiere, hasta la Puerta Almenilla. El límite sur, pues, lo fijaba el lienzo de muralla que enlazaba a la Torre el Oro con la de la Plata, junto al Postigo del Carbón (o de los Azacanes o del Oro). A partir de este punto, la muralla corría de este a oeste, separando a la ciudad de la explanada del Arenal, que se comunicaba con aquella mediante el citado Postigo del Carbón, la Puerta del Arenal, el Postigo el Aceite y la Puerta de Triana. Aquí, a la altura de esta entrada, terminaba el Arenal por excelencia. No obstante, la llanura terriza y con juncos se prolongaba hasta la Barqueta, comunicándose con el urbanismo sevillano a través de la Puerta de Goles o Real, San Juan y Almenilla.

Entre la muralla y la orilla del río la planicie no se extendía totalmente despejada. Si observamos los testimonios pictóricos veremos:

A) La «máquina» o ingenio, junto a la Torre del Oro, que antes estuvo por la Puerta de San Juan (o del Ingenio) y que en el grabado de Hoefnagel se denomina «*Torre de los Muelles*». Persiste en el siglo XVII como bien se aprecia en el proyecto para elevar el primer puente de piedra conservado en el Archico Municipal.

B) Almacenes o galpones, casetillas y palenques para almacenar productos, propios del movimiento portuario o exigidos por las industrias y tareas que se desarrollan en el escenario.

C) Tiendas de campaña. Curiosas tiendas cónicas, vigiladas por mílites armados de alabardas y a las que los curiosos contemplan. Debieron ser habitáculos provisorios o circunstanciales, donde sin duda alguna se custodiaban objetos desembarcados o listos para embarcar.

D) Las Atarazanas, en las que, a su vez, se radicaba la Aduana, la Lonja del pescado, los almacenes de la Casa de la Contratación y los alquilados –las naves– a mercadores extranjeros.

E) Casas adosadas a la muralla, a las que se van uniendo otras hasta formar arrabales pese al veto del Consejo Hispalense. Nacen así los arrabales Carretería y la Cestería o Espartería. El primero se divisa perfectamente junto a la Puerta del Arenal, que enmarca; el segundo, junto a la Puerta de Triana, donde veremos el Convento del Pópulo a partir de 1666.

Entre ambos arrabales se elevan unos montículos –el Cerrillo– en cuya parte inferior se alzaban las casas del Baratillo y al lado de los cuales discurre una calzada que, cerca ya de la orilla, se levanta sobre un puentecillo de tres ojos para salvar un terreno encharcado y para desaguar el río en las avenidas. En una pintura del siglo XVII que se conserva en el Ayuntamiento, tal puentecillo ha desaparecido, pero se ve como una insólita novedad en el descampado del Arenal la nota verde de unos árboles nunca representados en otros grabados».

## 7. UNA CASA SINGULAR: LA DEL OCEANO O DE SEVILLA

Las primeras expediciones al Nuevo Mundo contaron con un magnífico organizador: el obispo don Juan Rodríguez de Fonseca, hasta que el volumen de las empresas y negocios planteó la necesidad de un organismo especializado.

Nace así (1503) la Casa de la Contratación o del Océano con carácter eminentemente mercantil, pronto enriquecido con funciones científicas y judiciales. Surge como un almacén en las Atarazanas donde guardar lo que se enviaba y llegaba de Berbería, Canarias y América. Las crecidas del río, afectando a lo almacenado, mostró la conveniencia de situar la Casa en otro lugar, menos húmedo, escogiéndose el Alcázar Viejo donde se realizaron obras de adaptación para disponer de un patio en torno al cual se situaron unos amplios almacenes y una iglesia con una fachada que miraba hacia el río. Había, asimismo, viviendas para algunos de los Jueces Oficiales (factor, tesorero y contador) encargados de aparejar las Flotas, comprar mercancías, fomentar el tráfico con Amé-

rica, regular y controlar los embarques y navegación, etc. Hasta 1510 funcionó la Casa con las ordenanzas de 1503, pero los roces habidos con el Cabildo, la Audiencia y la Universidad de Mareantes, aconsejaron dotarla de unos nuevos estatutos, más amplios y específicos. Para entonces el organismo contaba (1508) con un Piloto Mayor encargado de examinar a los pilotos de la Carrera de las Indias y de trazar cartas o mapas de navegar. Tarea que dependió del Cartógrafo creado en 1519 y a quien deberemos el denominado Padrón Real o mapa-tipo donde se recogían las tierras que se iban descubriendo. Hubo reformas en 1526 para lograr mapas con mayor perfección y precisión, y se dictaron nuevos reglamentos en 1534, 1536, 1543 y 1552. El Consulado, creado en 1543, le restó algunas facultades a la Casa.

Testimoniando lo que fué la Casa, en los Reales Alcázares, queda el llamado Cuarto de los Almirantes, donde una lápida sintetiza una excepcional historia económica, científica y de aventura; *«en este Cuarto del Almirante fundó Doña Isabel la Católica la Casa de la Contratación de las Indias, por Real Cédula 14 de Enero de 1503 siendo su primer Regidor Sancho de Matienzo»*. La citada Real cédula es del 20 de enero, y Matienzo fué el primer Tesorero. En esta dependencia y en la contigua, Sala de Audiencia y Capilla del organismo, palpité una historia de audacia, de intereses y de ciencia irrepetible. Espejo de la cual es el cuadro colgado en el testero principal, representando a la Virgen de los Mareantes, tabla de Alejo Fernández que, con el mapa de Juan de la Cosa (Museo Naval de Madrid) es la primera representación de los años descubridores por excelencia. En el friso inferior y oceánico se ven todas las embarcaciones en uso entonces, a la sombra de una Virgen bajo cuyo manto se acogen notables personajes: el emperador Carlos I, Colón, los Pinzón, Vespucio, Matienzo... No hay certeza en ello. Lo que si es cierto es que el primer personaje de la izquierda es, en nuestra personal observación, el mismo que figura en la Adoración de los Magos de Alejo Fernández, conservada en la Sacristía de los Cálices de la Catedral.

A mediados del Quinientos la Casa era ya un complejo organismo con capilla, audiencia y cárcel propia, dentro de un edificio no muy seguro (hubo robos) que los Oficiales proyectaron ampliar y reforzar desde 1551. Dióse más de una reforma encaminada a solventar la endeblez del inmueble y la falta de espacio que afectaba a la sala de la Audiencia, aulas, moradas, cárcel, almacenes, etc. Estos últimos resultaban pequeños. El aumento del tráfico con América y el crecimiento de los negocios y asuntos, demostraba continuamente lo inadecuado de una edificación que exigía repetidas obras y añadidos. Hubo que continuar en

él todo el siglo XVII, a fines del cual la Casa sufrió un grave incendio y su cárcel se llevó fuera del recinto, a la actual calle Miguel Mañara, en las espaldas de la Cilla o granero del Cabildo Catedral. El milanés Vermondo de Restas, maestro mayor del Alcázar, fue el autor de importantes ampliaciones y arreglos. El incendio de 1691, repetido en 1753, dañó bastante al edificio, pero para entonces la Casa había sido trasladada a Cádiz. (1717).

## 8. TRES CASAS MAS: MONEDA, ADUANA, Y LONJA

Cerca de la Casa de la Contratación, y en el camino hacia el Arenal, se levantaron en los últimos lustros del S. XVI tres edificios relacionados con ella.

Lo que hoy vemos como Casa de la Moneda, corresponde a la descripción de González de León: *«se entra por un zaguán y se pasa a un patio largo que tiene galerías a los dos lados de pies a cabeza, hay a los costados casas que ocupan los empleados del ramo. A la derecha entrando, al fin del patio, hay un arco por el que se entra en unos callejones donde hay también viviendas y dan a las forjas, hornos y demás talleres de la fábrica, donde están los hermosos trojeles y máquinas para cortar y sellar la moneda con el gusto y primor que requieren las preciosas materias que se funden y trabajan»*. La riqueza que por allí pasó y transformó se ha volatilizado como el sonido de las monedas. El oro recibido por la Corona era afinado y acuñado, en parte, en la casa sevillana bajo la supervisión de los oficiales de la Casa. Otra parte del metal sin labrar se entregaba a los acreedores de la Corona. También una porción muy importante de los tesoros privados fueron acuñados en la Casa de la Moneda sevillana, así como monedas americanas introducidas fraudulentamente y de defectuosa acuñación, como ocurrió en 1652 con los reales peruanos. Resultan ya tópicas las estampas que los cronistas Morgado y Ariño nos dan cuando describen las carretas con metales preciosos yendo del Arenal a la Casa de la Contratación. En la misma línea historiográfica están los renglones que Rodrigo Caro dedica a la Casa de la Moneda en 1634: *«arrimado al muro del Alcázar, está la Casa de la Moneda, así por la grandeza del edificio, como por lo que admira y entretiene ver fundir labrar y acuñar en ella el oro y la plata, para llenar de riqueza todo el mundo»*. Enumera seguidamente, sus oficios: tesorero, balanzario, alcaldes, escribanos, capataces, acuñadores, ensayador, tallador... Y termina: *«Dicen Pedro Medina y Morgado muy bien, de esta Casa de la Moneda se sacan las recuas cargadas de oro y plata, como de otros almacenes*



*mercadería ordinaria».*

De todo aquello hoy queda un edificio agredido en algunas de sus partes que muestra la fábrica antigua convertida en viviendas y locales comerciales. Las máquinas admirables se llevaron a Segovia y el edificio ha quedado parcialmente encubierto con otras edificaciones, según demuestran proyectos contemporáneos de rehabilitación en los que se habla del hallazgo del patio de los Capataces y el corral de Segovia.

Casi frente por frente quedaban la Aduana y la Casa del Azogue; esta última pequeña, pues estaba formada por la administración, vivienda y los almacenes propiamente dichos. La Aduana, en cambio, constaba de una nave larga de ladrillo, ancha y alta, con bóveda apoyada en arcos y robustos pilares. Una puerta a cada extremo abrían a levante y poniente, acceso este de cara al río. Traspuestos estos accesos se encontraban las oficinas de Contabilidad. Y a ambos lados de la inmensa nave se situaban, a manera de capillas, almacenes enrejados donde se custodiaban todos los efectos que entraban y salían.

El distrito aduanero de Sevilla lo constituía la ciudad y su territorio cinco leguas a la redonda. El control se realizaba en las puertas de la muralla. A la Aduana de Sevilla, aduana por excelencia, se subordinaban varias más, desde Cádiz a Lorca. Por sus dependencias pasaron ingentes cantidades de variadas riquezas. No resistimos la tentación de transcribir por su elocuencia lo que el ya usado Rodrigo Caro consigna al respecto: *«Una de las cosas más célebres que tiene Sevilla (y se dijera toda España no me engañaré), es el Aduana, edificada en el sitio de las Atarazanas, y que ocupa buena parte de ellas. Su fábrica es muy ancha y alta; la mayor parte de cantería y ladrillo, edificada a modo de un templo con su crucero, toda la bóveda. Aquí vienen a parar todas cuantas mercaderías y cosas que vienen a vender a Sevilla, y así está siempre llena de fardos, cajones, tercios y otros géneros de carga, que apenas puede andar por ella, estando las mercaderías unos sobre otras, haciendo grandes y altos cúmulos de ellas»*. Una placa con una inscripción, puesta en el reinado de Alfonso el Sabio, señalaba la época de la construcción del Arsenal. La inscripción, según Caro estaba en un sitio llamado Torre de la Plata *«a diferencia de la del Oro que allí le cae bien vecina»*

Lo que del edificio quedaba se demolió en nuestros días para alzar la Delegación de Hacienda. Parte de su cantería se ve todavía diseminada en los jardines del Colegio Mayor Hernando Colón. Sic transit gloria mundi.

La Casa Lonja ha tenido más suerte que los dos edificios anteriores, La Casa Lonja es hoy el Archivo de Indias, hogar de una docu-

mentación referida a todo un continente a lo largo de más de trescientos años de vida. Tiene este edificio, un curioso origen. Los mercaderes realizaban sus transacciones en las Gradas catedralicias y, cuando el tiempo no se mostraba propicio, lo hacían en el Patio de los Naranjos o en el interior del templo con las naturales irreverencias para el culto. Para evitar esta situación el arzobispo y el Cabildo rogaron al monarca que construyese un edificio, llegándose en 1572 a un acuerdo. Se escogió el solar ocupado por las Herrerías del Rey, parte del Hospital de las Tablas y de la Casa de la Moneda y, con planos en los que se adivina la influencia de Juan de Herrera y fondos facilitados por el Consulado de cargadores de Indias (impuesto de Lonja), se comenzó la edificación concluida en el S. XVII. En torno a un patio, inspirado en el de los Evangelistas del Escorial, con fuente en medio, se dispusieron dos pisos de planta cuadrada, con bóvedas vaídas por lo general casetonadas, que recuerdan a las de la catedral de México. Rodrigo Caro califica al edificio de «*grandioso y fortísimo*», muy parecido, dice, a los que Vitrubio describe. Alrededor de las pilastras había escabeles de caoba para sentarse, y en las ventanas pocos forrados de la misma madera. Fuera resaltaban las gradas, los paseos anchos y enlosados, la amplia plaza y una cruz bellísima de jaspe. Cuando Rodrigo Caro escribe aún no estaba concluido el edificio.

Al decidir en 1785 Carlos III reunir todos los documentos sobre América en un solo repositorio, correspondió al ministro de Indias don José de Gálvez y al valenciano Juan Baustista Muñoz, hombre de la Ilustración, escoger este edificio ya entonces venido a menos, y donde tenía su sede, en la planta baja, el Consulado de Sevilla desde que se reinstauró en 1784. Hubo que desalojar a once familias que habitaban en la planta alta y en el mismo 1785 se comenzaron las obras de adaptación, eliminándose tabiques, y se proyectaron los accesos y se comenzó la organización del archivo propiamente.

Lucas Cintora embelleció la gran escalera con mármoles malagueños y el escultor Blas Molner diseñó las estanterías para los documentos y libros hechas con caoba y cedro cubanos. En el mismo año llegaron las diferencias con el Consulado, porque el nombrado Director Superintendente del Archivo General de Indias consideró necesario incorporar parte de la planta baja, a lo que se negaba el Consulado. La expansión del Archivo a costa de la planta baja continuó con diversas alternancias y en 1893 se dictaron reales órdenes para que la Cámara del Comercio, Industria y Navegación, dejara libre las dependencias que ocupaba desde su creación en 1886. Al suprimirse el ministerio de Ultramar y pasar el archivo a depender de la Subsecretaría de Instrucción Pública, vio cortado

su proceso de expansión, que vino a culminar en 1974 con la total ocupación de la litigiosa planta.

La adaptación y acomodación básica se realizó del reinado de Carlos III y el ministerio de Gálvez al gobierno de Carlos IV del ministro Antonio Porlier. El primer investigador fue Washington Irving (1828-9).

El archivo había seguido recibiendo documentos. Independientemente de las primeras remesas entraron en él de 1827 a 1887 papeles procedentes del Consejo de Indias, Secretaría de Despacho y Ministerio de Ultramar. A raíz de los sucesos en Cuba, arribó lo que es la Sección IX (Cuba), pero no los fondos que después del desastre se incorporaron al Archivo Histórico Nacional, lesionándose el repositorio sevillano al quedar incompletos los documentos de Escribanía de Cámara de Justicia.

Permanecieron también en el Archivo Histórico Nacional la Sección X (Ultramar), que en 1910 se dispuso fueran a Sevilla, y los «*Documentos de Indias*», de la Sección Diversos. Es de esperar que en función de la fecha de 1992 la administración corrija esta anomalía, actualice viejas disposiciones y comprenda que el Archivo General de Indias debe tener todas sus Secciones completas porque es él lugar indicado para preservar la totalidad de la documentación sobre América.

Cuando don Félix González de León hizo la descripción de la Lonja todavía convivían el Consulado y el Archivo en el mismo recinto. Y es de notar que en el primero señala la presencia de pinturas debidas a Zurbarán, Madrazo y Cabral Bejarano, y en el archivo un retrato de Hernán Cortés, que debe ser el que aún se exhibe, que atribuye al pintor de Cámara Joaquín Cortés y que a nosotros siempre nos recordó el óleo de Sánchez Coello del Prado representando a un Caballero santiaguino. Todo esto: el edificio; lo que fue y lo que es; los papeles en él atesorados; las personas que por él han desfilado para admirarlo o para investigar; lo mucho que se ha escrito inspirándose en sus fondos... «*nos lleva, como dice González de León, insensiblemente la imaginación a meditaciones filosóficas sobre la historia de nuestra patria*»: La Historia de España en América.

## 9. DEL COLEGIO DE LOS COMITRES AL COLEGIO DE MARINA

Donde hoy se eleva el Colegio-Seminario de San Telmo (vulgo Palacio de San Telmo), estaba en el medioevo el arrabal de San Telmo, vinculado a los obispos de Marruecos (1237) que, imposibilitados de

radicarse en su jurisdicción, permanecieron en la Península. Tuvo el tal obispo su morada en esta zona, transformada con el tiempo en barriada con casas y almacenes. Todo fue destruido a finales del S. XVII con el objeto de construir el Seminario de Mareantes. Llamábase de Marruecos o de San Telmo el tal barrio, porque este santo era la advocación de su iglesia, donde estaba también la Hermandad de la Caridad encargada de enterrar a los muertos desamparados. Este espacio, que perfectamente se adivina en el clásico grabado de Hoefnagel, fue acondicionado a finales del S. XVIII con objeto de levantar el Seminario de Mareantes. Así se proseguía una tradición enraizada en el S. XIII.

A partir de la reconquista de la ciudad y el remozamiento de sus Atarazanas, se constituyó el Colegio de los Cómities, integrado por la marinería de guerra. Hasta aquí los antecedentes medievales que nos conducen a la moderna Universidad de Mareantes y al Colegio de Marina. La primera es una consecuencia del auge experimentado por el puerto de Sevilla a raíz del descubrimiento de América. Felipe II crea en 1569 la citada Universidad o Cofradía formada por los marinos del río, la gente que comercia en la Carrera de Indias y los dueños, capitanes, grumetes, pajes, etc. de los navíos. Los existentes rescoldos del viejo Colegio de los Cómities fueron absorbidos por el nuevo organismo de carácter gremial, no colegiado. Tuvo Ordenanzas y Reglas propias; hospital y templo (1573) con Nuestra Señora del Buen Aire de titular, advocación esta procedente de Cagliari (Cerdeña) de donde la debió de tomar Pedro de Mendoza, adelantado del Río de la Plata y fundador de la primera Buenos Aires. No hay, pues, que confundir esta Virgen del Buen Aire, talla labrada, con la Virgen de los Navegantes, tabla pintada por Alejo Fernández conservada en los Reales Alcázares.

Hasta 1681 no contó la Universidad con un Seminario donde impartir docencia a la juventud, en especial a la huérfana y vagabunda. Cuando incorporó la función docente, nació la necesidad de un nuevo edificio sustituto del trianero. Esto determinó el pasar de la orilla derecha a la izquierda. Las obras se iniciaron para concluir en 1796 con la intervención de los artífices Leornado, Antonio Matías y Matías José de Figueroa. Resultan notables la portada principal, el patio central, el gran salón de columnas y la capilla donde se venera la Virgen del Buen Aire. En el año 1788 se convirtió en Colegio de Marina o Seminario de Náutica para jóvenes nobles. En él quiso estudiar Gustavo Adolfo Bécquer. Suprimidas las enseñanzas en 1847, el edificio fue adquirido por los duques de Montpensier (1849), que fijaron en él su residencia. Los herederos donarán el palacio al Arzobispado hispalense en 1901, y este venderá

a la Universidad de Sevilla el rico archivo de la Universidad de Mareantes de la Carrera de Indias y del Real Colegio de San Telmo fundado por Carlos II, según dijimos, en 1681. Estos fondos documentales forman parte ahora del Archivo Universitario, situado en la que fue Fábrica de Tabacos, hoy Alma Mater hispalense.

## 10. CIGARROS Y CAÑONES

Nuevas y viejas industrias sabrán, en Sevilla, de América, porque el Nuevo Mundo —mercado de absorción y proveedor de materias primas— constituirá un incentivo para su desarrollo o para su nacimiento. El incentivo era lo que podría acontecer con las industrias naval, jabón, pólvoras, bizcochos, harinas, así como con la acuñación de monedas, fundición de cañones y elaboración del tabaco, porque tales eran las manufacturas de una Sevilla centro del tráfico mercantil con América y plaza industrial que, ni por diversificación o modernización, llegó a alcanzar los niveles presumibles.

La primera fábrica de tabaco tuvo su nacimiento en 1620 a iniciativa de un armenio llamado Juan Bautista Carrafa. Quedó establecida por San Pedro, en un edificio que había sido corral de comedias y cárcel de mujeres escandalosas (galera), el cual a principios del siglo XVIII resultaba anticuado y pequeño para el volumen del tabaco industrializado pese a continuas incorporaciones de edificios. Iniciase, por estas circunstancias, la edificación de la nueva fábrica a la que no le va acompañar la buena suerte. El proyecto del ingeniero militar Ignacio Salas, mereció reparos motivando éstos una suspensión de las obras. Las objeciones fueron estudiadas por el también ingeniero militar Diego Bordick, continuándose los trabajos detenidos tres años antes.

Tras nuevas paralizaciones, se hace cargo de la fábrica, en 1750, el ingeniero holandés Sebastián Var Der Borchf, quien, sobre el núcleo industrial alzado por Salas y Bordick, levantó la fachada principal, patio, naves, capilla, cárcel y foso, concluyendo en 1757. Sin embargo, las obras continuaron hasta 1766, cuando faltaba sólo una parte del foso, para acabar en 1770.

El primer tabaco había entrado en 1758; tres años después se abandonaba definitivamente la antigua fábrica de San Pedro. El recién estrenando edificio se había concebido muy funcionalmente. Salas designó el lugar teniendo en cuenta que se encontraba extramuros, pero no lejos de la población, libre de arriadas al tiempo que cerca del río con el objeto de hacer fácil la descarga y carga. Junto pasaba el Tagarete, riachuelo que se

ofrecía como vía de desagüe. Cómo el laboreo del tabaco y el mantenimiento de las bestias que movían los molinos exigían agua abundante, se hizo una traida desde los caños de Carmona y se perforaron pozos en el interior para los años de sequía. Los gruesos muros y las oscuras habitaciones se explican teniendo en cuenta el peligro de incendios, muy generalizados por el tabaco, y la necesidad de contar con almacenes favorables al secado del producto tras mojarlo en el proceso de ablandamiento. En la planta baja se situaron los molinos donde las bestias trabajaban en la oscuridad, las cuadras de cernido y los almacenes del tabaco elaborado y en rama. En la planta alta los talleres de cigarrillos, la moja y los diversos oreos. Por su funcionalidad la fábrica sevillana se adelantó a próximos fenómenos industriales europeos y por su grandiosidad y belleza arquitectónica (escalera, fuente central, espadaña, reloj) fue algo impropio de un edificio eminentemente utilitario. Cuando Fermín Arana de Varflora publicó (1766) su *«Compendio histórico descriptivo»* de Sevilla el edificio llamaba la atención debido a su mole, sus 24 patios, 21 fuentes, 10 pozos, 21 máquinas, múltiples molinos, 113 bestias, 1.300 empleados, 51 ministros subalternos y un directorio de 53 personas. No faltará viajero del siglo XIX que no la visite y nos deje su descripción enlazada con la tónica de Próspero Mérimée y su *«Carmen»*.

Tabaco americano alimentó a la fábrica; tal ligazón la sabían los arquitectos y por eso dejaron en el dintel de la fachada principal tal testimonio: rostro de Colón, de Cortés, de un indígena fumando en pipa... Su evocación de América nos lleva a aquel 6 noviembre de 1492 en que, estando Colón en Cuba, vio *«mujeres y hombres con un tizón en la mano, yerbas para tomar sus sahumerios, que así acostumbraban»*. Las Casas ampliará la noticia al aclarar: *«que son unas hierbas secas metidas en una cierta hoja, seca también, a manera de mosquete hecho de papel, de los que hacen los muchachos de Pascua del Espíritu Santo, y encendido por una parte de él, la otra chupan o sorben algo...»*

Se lamenta González de León en su época que la Fábrica de Artillería estuviese situada *«en sitio tan poco decente, y tan lejos y escondido del tránsito y comunicación de la ciudad»*. Hoy no acontece esto, aunque el barrio de San Bernardo, donde se sitúa, mantenga una posición marginal o de aislamiento por causa del ferrocarril, la estación de bomberos y el puente, que no afectan a la Fábrica, la cual se asoma y conecta mediante la Avenida de Eduardo Dato. La primera mácula, lugar innoble, la merecía ya en el siglo XVI, cuando surge la fundición en lugar que según la tradición fue donde Fernando III montó su campamento. Como prueba de ello se mencionan los topónimos callejeros de

«*Santo Rey*» y «*Huestes*». Debido a su condición de suburbio, extramuralla, el lugar sirvió para albergar una población heterogénea, dentro de un caserío en el que sobresalía alguna casa de recreo de gente linajuda. No olvidemos que por aquí y un poco más allá estuvieron en la época almohade los famosos jardines de la Buhayra con los palacios, albercas, olivos, y frutales exóticos plantados en tierra fértil que la gente de Isbiliya acarreo atendiendo los deseos del califa.

Esclavos negros y bestias de cargas trabajaron sin cesar creando un paraíso dentro de una amplia barda alzada buscando la clausura de los jardines árabes. Allí fue recibido el califa Al-Mansur, y allí dispusieron unos de sus campamentos los cristianos cuando el asedio, con la lógica destrucción de los Alcázares y de los jardines, que vuelven a sonar en 1254 con el nombre de Benialofar o Huerta Babenahofar (de Ben Alhoar), convertida más tarde en Huerta del Rey. Huerta que Andrés Navagero alcanzó a ver y nos describe con un hermoso palacio, con un gran estanque, y muchísimos naranjos.

Degradada y olvidada toda esta zona, el solar de la futura Fábrica era en el medioevo un arrabal de artesanos y maestros, dueños de hornos de bizcochos y fundiciones, donde un tal Juan Morel montará sus hornos en el Quinientos para hacer campanas y piezas de artillería. ¿Cuándo? Entre 1526 y 1565 corren las supuestas fechas. Tal vez en 1540. Antes de 1565, sabemos se funden cañones y Juan Morel es posterior a esa fecha. Hay que suponer que antes que él hubo otros. Morel fue el encargado de fundir el Giraldillo y de trasladar a la Alameda de Hércules (1574) las dos grandes columnas romanas procedentes del templo de Hércules. A partir de 1634 la fundición será propiedad del Estado, que firma asientos o capitulaciones con particulares responsables de la empresa por unos años fijados. Dura esta situación hasta 1717 en que la Fundición será dirigida por un oficial de Artillería. Es entonces (1719) cuando en la viejas Atarazanas, junto al río, aparece la Real Maestranza de Artillería heredera de las Casas de Fundición existentes desde Alfonso X para defender al rey y artillar los barcos. Sus directores, hasta 1770, serán los de la fundición en la que se abre un paréntesis negro con la invasión francesa.

La fábrica construyó cañones para los invasores y fue visitada dos veces por el rey intruso Jose Bonaparte, que admiró su producción. Pasados los años de crisis política, la Fábrica siguió su importante manufactura, aunque ya América —la América Española— no sería la destinataria de esas piezas bellas, según consta en su archivo, bautizadas con los nombres de Cristóbal Colón, Guacanagarí, Hernán Cortés, Guatimo-



cin, Chapultepeque, Coyoacán, Mexicano, Michoacano, Juan Sebastián de Elcano, Nicaraguano, Conde de Chinchón, Americano, Conde de Revillagigedo... En la misma entrada al edificio, a la derecha, yace un mortero que lleva el nombre de Washington y la fecha de 1783... año de la independencia de los Estados Unidos de América, y año en el cual nacería Simón Bolívar.

## 11. LA EXPOSICION IBEROAMERICANA

Ante nosotros el Programa de la Exposición Iberoamericana (1927) con un bello medallón modernista de Santiago Martínez, dentro del cual se apea sobre una mancha verde la masa ocre de la catedral coronada por una inmensa nube que encubre al Aljarafe. Se abre el Programa con una foto de S. M. el rey D. Alfonso XIII, seguida por un Real Decreto de 1923 fijando la inauguración del Certamen el 17 de abril de 1927. Hay una especie de Declaración de principios en la que se expone que la Exposición preparada «*con laborioso tesón por todos los sevillanos*», tiene una «*doble significación de afirmaciones vivas, que Sevilla quiere consagrar a una espléndida manifestación de arte, de amor y de trabajo*». Afirmación de confraternidad entre los pueblos todos de raza y abolengo ibérico; afirmación de la ciudad de Sevilla, gloriosa en su pasado, segura promesa en su presente de una vida activísima que ya se advierte en la fecunda multiplicación de sus valores. He aquí expuesta la idea de un Certamen Iberoamericano, que ninguna otra ciudad podía preparar con mayores títulos que Sevilla. Y se hace, a continuación, una llamada a las naciones de Hispanoamericana, a Portugal, Brasil y los Estados Unidos. Hasta 1929 no abriría sus puertas la Exposición. Un año antes se fijó el programa expositor, Arte Antiguo y Moderno, Historia, Industria, Comercio, Agricultura y Ganadería. Todavía los países de América no habían respondido a la convocatoria de 1927, en parte molestos por la inclusión de los EE.UU., quienes desde 1903 venían practicando en Panamá, América Central y las Antillas un duro intervencionismo. Primero la Argentina y luego los demás Estados, fueron contestando a las invitación y alzando sus respectivos pabellones, salvo los de América Central, y Bolivia-Paraguay enfrascados estos últimos en la contienda del Chaco.

Cada país americano procuró presentar lo que consideraba su arquitectura «*propia*». Los especialistas Martín S. Noel, Angel Guido, Alberto Zum Felde, Manuel Piqueres Cotoí, Rodolfo Amargós, Manuel Amabilis y otros tuvieron que ver en los proyectos y construcciones de los pabellones en los que se adivinan tres posturas en cuanto a «*estilo*»:

hispanista, indigenista y mestiza.

Se buscaba entonces una arquitectura «nacional», que se quiso plasmar en cada representativo edificio. Alberto Villar Movellán ha consagrado brillantes páginas a lo que aquí y ahora nos ocupa, y, según su autorizada voz, el pabellón del Perú es uno de los mas singulares e interesantes como ensayo de ese nuevo estilo, que su autor (Piqueras) llevó más tarde también al Palacio de Gobierno limeño. Dotado de gran originalidad resultó el de Chile, que rezuma simbolismo. En el argentino, Noel fusionó elementos barrocos con los indígenas. El pabellón del Uruguay se hizo de hormigón armado con elementos importados del Río de la Plata. El «nacionalismo» dado en estos pabellones no se repite en los de Cuba y la República Dominicana, reflejos de la arquitectura colonial; el segundo, concretamente, remedo del palacio de don Diego Colón de Santo Domingo, evocador también del palacio de Cortés en Cuernavaca. El pabellón de México se inspiró en el arte azteca; el colombiano tomó para su ornamentación externa elementos chibchas y quimbayas; el de Venezuela (desaparecido) resultó muy americano por su luminosidad y alegría; y el de Guatemala el menos acertado, se levantó rápidamente en 1930, y se cubrió con azulejos de la fábrica Ramos Rejano.

Los tres invitados especiales, Brasil, Portugal y los EE.UU., presentaron también sus pabellones. El de Portugal, que resultó espléndido se proyectó en un neobarroco dieciochesco con temas del rococó; el brasileño, inspirado en el barroco de país, se alzó provisionalmente aunque luego se consolidó y transformó; en cuanto a los EE.UU. alzaron tres pabellones resueltos en denominado «estilo español», debidos a Willian Templeton Johnson.

Diseminados entre los Jardines de San Telmo y la avenida de la Palmera estos pabellones, algunos reutilizados muy acertadamente, son piedras engarzadas en los ambientes del Parque de María Luisa, Plaza de España y Plaza de América. Han perdurado y testimonian aquel anhelo y aquella iniciativa, que, basada en el pasado de Sevilla, quiso «estrechar los lazos que por fortuna existen entre España y los países de Portugal y América»

## 12. OTROS VESTIGIOS

La americanidad de Sevilla, es posible encontrarla en su catedral y en otros edificios religiosos y civiles. Para la construcción del templo del Sagrario trajéronse piedras de Florida. Dentro del grandioso conjunto arquitectónico catedralicio se acoge la Biblioteca Capitular y Colombina,

celosa conservadora de los libros que fueron de pertenencia personal del primer Almirante, y en los cuales se encierran las fuentes de sus ideas y planes. (*Historia natural* de C. Plinio Segundo tradocta di lingua latina...; *Almanach perpetuum* de Abraham Zacuth; *Concordantiae Bibliae*; *Tragedias* de Séneca; *Libro de las Profecías*; *Historia rerum ubique gestarum* de Eneas Silvio Piccolomini; *Imago mundi* de Pedro de Alliaco; *De consuetudinibus et conditionibus orientanlium regionum* o Libro de Marco Polo...). Dos Bibliotecas en una, de las cuales la más notable es la colombina, la llamada antaño «*Librería de D. Hernando Colón*» con miles de libros y manuscritos que éste coleccionó y dejó a su sobrino Luís; III Almirante, y que en 1544 la virreina D. María de Toledo entregó al convento de San Pablo. La verdad era que D. Hernando no había dispuesto tal cosa. El hijo natural del Descubridor, célibe y gran bibliófilo, había reunido, a base de compras hechas por representantes situados en diversas ciudades europeas y en sus viajes por el continente, una inigualable biblioteca que dejó a su sobrino D. Luís, con indicación de que continuara enriqueciéndola. Caso que él no pudiera atender la sugerencia, tal tesoro bibliográfico pasaría al Cabildo Catedral y, en tercer lugar, a la orden dominicana habitadora del convento de San Pablo. Doña María, madre de D. Luís, no atendió lo testado como decíamos, pero el Cabildo catedral interpuso ante la Chancillería de Granada y pasó a ser dueño de la Librería de D. Hernando Colón en 1552. Así ha continuado hasta la fecha, sin que su patrimonio haya estado libre de mermas.

D. Hernando reposa en el trascoro de la Catedral, esperando la resurrección, pero el visitante del templo no se entera de ello. La que más llega a percibir, por su monumentalidad, es la tumba del primer Almirante aureolada de interrogantes. Difícilmente el visitante llega a saber que la capilla de la Virgen del Pilar, en la puerta que lleva al Patio de los Naranjos y Biblioteca Colombina fue concedida en el siglo XVI a la familia de los Pinelos, genoveses sevillanizados, uno de los cuales forma parte de la historia de la Casa de la Contratación. Tampoco se entera el visitante que la capilla de Santa Ana se denomina también del Cristo de Maracaibo, advocación plasmada en un lienzo copia de una tabla antigua. Y ya que hablamos de antigua, mencionemos la capilla de Virgen de la Antigua comenzada en 1530 y sólo concluida a finales de la centuria. Allí se venera una imagen anterior a 1492, trasladada al sitio actual en 1578 a base de cortar el muro donde fue pintada. Gozó la Antigua de gran devoción en América; los españoles le dieron su nombre a la primera ciudad que fundaron en el continente, y en muchas catedrales

americanas (y en la iglesia de San Juan de Las Palmas de Gran Canaria) persisten sus representaciones aunque su devoción se haya desviado y solo en 1929 mereció cierta notoriedad al ser coronada durante la Exposición Iberoamericana. Otra capilla con nexos americanos es la del Mariscal, dotada por Diego Caballero, al que Giménez Fernández supone converso sanluqueño. Fue mercader en Santo Domingo, llegando a Mariscal y mereciendo ser pintada por Pedro de Campaña en cuadro que se conserva en la citada capilla. Dentro del tesoro catedralicio se encuentran los famosos doce blandones de plata, regalo del arzobispo-*virrey novohispano* D. Juan A. Bizarrón, que había sido canónigo hispalense; y unos supuestamente peruanos candelabros de plata con forma de águila bicéfala de la Capilla Real, en cuyo tesoro hay una medalla o colgante que pertenecía a Cortés, y una patena que éste tuvo (junto con un trozo del árbol de la Noche Triste), y que había sido usada por el padre Olmedo en su primera misa en tierras mexicanas. Tanto la patena (con el cáliz) como el trozo de árbol mencionado fueron propiedad de los Montpensier que de Castilla de la Cuesta lo trajeron al Alcázar y luego donaron, perdiéndose el cáliz por una calaverada del hijo del administrador de tal familia según contaba D. José Sebastian y Bandarán. De Cortés, igualmente, es un bello Cristo de marfil colgado en el coro de los capellanes reales.

El conquistador de la Nueva España se hace también presente en el convento Madre de Dios, construcción de los principios del siglo XVI aunque su alzado duró toda la centuria. Iglesia de una sola nave con interesante contenido (retablo, escultura, pintura, orfebrería, azulejería, coro bajo), dentro del que hemos de resaltar los enterramientos con esculturas yacentes representado a la segunda mujer de Cortés, Doña Juana de Zúñiga, y a su hija Dña. Catalina.

Hemos ido de un monasterio a otro monasterio: de San Isidoro del Campo a Madre de Dios; de las afueras a intramuros; de la tumba de un varón a la tumba de una mujer. Esposos que fueron seres que, al igual que otros de aquí, se fueron para hacer una América que dió vida a la Sevilla americana. Y aquí volvieron y murieron para unirse más a la ciudad y subrayar su americanidad.